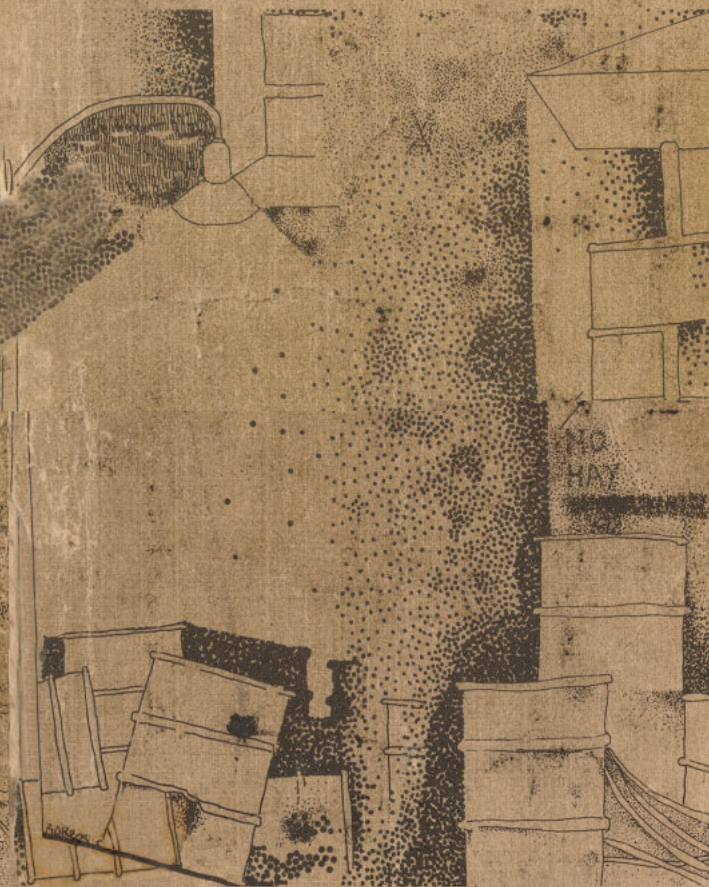


le teatro de tea juan radrigán

(11 obras)



CENECA
INSTITUTO PARA EL ESTUDIO DE IDEOLOGIAS
Y LITERATURA (U. DE MINNESOTA)

HECHOS CONSUMADOS

Un sitio baldío en los extramuros de la ciudad. Piedras, maleza, algunos papeles, etc. En un extremo —izquierda— se ve el bulto de una persona (Marta) que duerme, tapada con un viejo sobretodo. A su lado, sentado sobre una piedra, un hombre calienta agua en una pequeña fogata. Cerca de ellos, de un cordel improvisado en dos estacas, cuelgan una blusa, una falda, una chomba y un par de medias; también se ven dos sacos, un quintalero y un papero, ambos a medio llenar. Es una tarde fría, gris.

La mujer se revuelve inquieta, murmura cosas; el hombre se levanta, se inclina hacia ella, vivamente interesado. Escucha un instante. De pronto se tensa, como si hubiese escuchado o percibido algo en torno suyo. Se levanta sobresaltado, escudriña. Camina unos pasos tratando de tener una mejor visión.

La mujer despierta sobresaltada. Se queda mirándolo sin comprender. Busca con la mirada.

MARTA — ¿Y... y el Mario?

EMILIO — (Sin mirarla) Menos mal que despertaste, ya me tenía preocupao.

MARTA — ¿Qué pasó?

EMILIO — Parece que había sentío pasos (escudriña); pero no se ve a nadie.

MARTA — No, yo digo que's lo que pasó: aonde'stá el Mario.

EMILIO — ¿Qué Mario? Tabai sola. (Vuelve a sentarse)

MARTA — (Después de una pausa) Verdá po. (Sonríe, disculpándose) Taba soñando. (Pausa) ¿Y voh?

EMILIO — No, yo ya no sueño.

MARTA — ¿Te pregunto quien soy, de aónde saliste?

EMILIO — (Vago gesto de señal) De porai.

MARTA — (Mirando en rededor) ¿Qué parte es esta?

EMILIO — (*Indiferente*) No sé.

MARTA — ¿Cómo que no sabís?

EMILIO — No sé po; por aquí no hay letreros.

MARTA — (*Mirando*) ¿Quiora será?

EMILIO — La tarde. Quizás de qué día.

MARTA — Chis, cómo no vai a saber ni eso, ho.

EMILIO — No sabiendo po.

MARTA — ¿Tai enojao?

EMILIO — No. (*Revuelve el fuego*) Lo que pasa es que no me gusta hablar.

MARTA — ¿Y por qué no te gusta hablar? ¿Qué otra cosa podís hacer? . . . (*Señala, excitada un punto hacia enfrente*) ¡Oye, mira, mira la cachá de gente que va por ahí! . . . ¿Quiénes son? ¿Pa ónde van? (*Emilio mira sin contestar*) ¿Voh vai con ellos?

EMILIO — (*Sonriendo*) ¿Cómo voy a ir con ellos si'stoy sentao aquí?

MARTA — No po; te quiero decir si ibai con ellos y te sentaste a tomar choca.

EMILIO — No, no tengo idea de quienes son ni pa onde van.

MARTA — No me gusta, me da mieo. . . A lo mejor ha pasao algo.

EMILIO — ¿Qué no sabís lo que pasó?

MARTA — Yo digo ahora.

EMILIO — No he oío na (*mirando*); pero no se ven asustaos.

MARTA — Ni felices tampoco.

EMILIO — No le pidai peras al olmo po. Si anduviera alguien feliz por ahí lo llevarían preso por loco. (*Saca cigarrillos*) ¿Voh fumai?

MARTA — No, en veces nomá. (*Arropándose con el sobretodo*) Pucha que hace frío.

EMILIO — (*Prende el cigarro en las brasas*) Helao ta po.

MARTA — ¿Vivís por aquí cerca voh?

EMILIO — No.

MARTA — ¿Qué te echai en la cara pa que no te duela?

EMILIO — ¿En la cara?

MARTA — Claro po, se te tienen que llevar zafando las carretillas de tanto que hablai.

EMILIO — (*Ríe*) ¿Y qué querís que hable?

MARTA — Quiero saber que hago aquí po.

EMILIO — Tai sentá preguntando leseras.

MARTA — ¡Pero cómo vine a dar aquí: no mi' acuerdo.

EMILIO — T'estabai ahogando, te saqué del canal; después te quedaste dormía. (*Pausa*) ¿Te tiraste o te caíste? (*Marta guarda silencio. Se encoge de hombros*) Ah, te tiraste. (*Vierte agua del tarro a un choquero, se lo pasa*) Toma, ta calentito.

MARTA — (*Sopla. Toma unos sorbos en silencio. Para sí*) Claro, toi perdía porque la cuestión jué en la noche. . . ¿Decís que ahora es la tarde?

EMILIO — (*Señalando*) Mira po.

MARTA — ¿Entonces cuánto tiempo dormí?

EMILIO — T'encontré como a la una de la mañana, y recién venís despertando: saca la cuenta.

MARTA — ¿Y tuviste cuidándome too ese tiempo?

EMILIO — (*Parándose*) Que ía hacer po. Menos mal que no se puso a llover; la noche taba re fea.

MARTA — (*Mirando*) Pero ahora ta lindo, ah?

EMILIO — ¿Lindo? ¿No'stai viendo qu'es una porque-ría de día? Ahora sí que llueve. Parece que t'entró agua a los sesos a voh.

MARTA — No ti'hago caso; ya te caché que soy amargao. (*Mirando*) Ta lindo.

EMILIO — (*Abruptamente*) ¿Qué viste? ¿Qué alcanzaste a ver?

MARTA — (*Sorprendida, Recelosa*) ¿Cuándo?

EMILIO — Antes que te sacara.

MARTA — (*Acorralada*) Na.

EMILIO — ¿Cómo que ná? Te faltó poco pa irte pal otro lao. Hace memoria: ¿sentiste mieo?

MARTA — No.

EMILIO — ¿Conformidá?

MARTA — No

EMILIO — ¿Alegría? ¿Sentiste como que ibai a descansar?

MARTA — ¡No, no sentí na!

EMILIO — (*Exaltado*) ¡Tenís que haber sentío algo! ¡Tenís que haber visto algo!

MARTA — ¡Anda a preguntarles a ellos po!

EMILIO — (*Extrañado*) ¿A quién?

MARTA — (*Sorprendida*) ¿Por qué m'estai preguntando?

EMILIO — Porque te asomaste a una parte aonde toos tenemos que ir. ¿A quién decís que le pregunte?

MARTA — (*Evasiva*) No, na.

EMILIO — Parece qu'estamos hablando di'otra cosa.

MARTA — (*Animosa*) No, de lo mismo; tamos hablando de los mismo. Es que no vi na; es cierto, no vi ni sentí na. ¿Queríai que me pusiera a pensar aentro del agua?

EMILIO — Dicen que se ve; dicen que primero pasan por los ojos toos los momentos que uno ha vivío, y que después se ve algo.

MARTA — (*Dueña de sí*) Yo ya te dije. Si te interesa tanto tírate voh al agua.

EMILIO — (*Yendo a avivar el fuego*) Ojalá existiera esa posibilidá. . . Pero es tan rara la cuestión, que cuando no hay na porque vivir, tampoco hay ná porque morir. (*Pausa*) Y también ta lo otro: si les molestamos tanto, que terminen ellos con lo que'empezaron.

MARTA — (*Cortante. Mientras se pasea tratando de conocer el lugar*) A mí no me gusta hablar d'esas cuestiones, a mí me gusta la vía.

EMILIO — ¿Y por qué te queríai matar entonces? ¿De puro contenta porque te había llegao el auto nueo?

MARTA — (*Gira violentamente hacia él*) ¡Yo no me. . . (*Arrepentida*) Voh no tenís ná que preguntarme. No sé ni como te llamai.

EMILIO — Me llamo Emilio. ¿Y voh?

MARTA — ¿Y en qué trabajai?

EMILIO — ¿Voh creís que aunque hubiera pega, alguien m'iba a dar con esta pinta?

MARTA — ¿Y aónde vivís?

EMILIO — Donde me dejan.

MARTA — ¿Y qué erai antes?

EMILIO — Creía qu'era persona. ¿Por qué me preguntai tanto? ¿Desconfiai de mí?

MARTA — Es que ahora. . . *(Se acerca a él, lo mira)* No, voh no soy malo, tenís ojos de animal botao.

EMILIO — ¿Cómo es eso?

MARTA — O sea dos veces desgraciao po animal y botao.

EMILIO — Ah, muchas gracias.

MARTA — No, si no es una ofensa, es una verdá. *(Vuelve a pasearse)* Ya po, dime aonde'stamos.

EMILIO — Aonde te gusta a voh; en la vía. Pero no al medio, al lao.

MARTA — T'estoy hablando en serio po. ¿No vis que no conozco ná p'acá.

EMILIO — No te pueo decir más; yo ya no me fijo por donde ando, ¿pa qué?

MARTA — Pucha que soy alegre voh, ¿ah? ¿Antes contabai chistes en la radio?

EMILIO — ¿En serio que le tenís güena a la vía?

MARTA — Claro, si lo malo es qu'ella no me puée ni ver.

EMILIO — A mí me pasa al revé: ella me quiere a mí y yo no la quiero a ella. *(Pausa)* Pucha que seríamos felices si no se necesitaran dos pa querer, no?

MARTA — *(Pausa breve)* Di'amor no hablo: me pueo, poner triste. *(Paseándose)* Y ahora no'stá pa ponerse triste. . . Parece que juera domingo. No, no parece na que jue-
ra domingo: parece qu'estuviera amaneciendo. . .

EMILIO — Ahora sí que quedamos flor: vieja, porfiá y loca.

MARTA — Chis, salta pal lao, confianzúo; pololea primero antes de insultar po.

EMILIO — No te digo a ti, lo digo por la vía. Mira que venir hacerte alegre a voh, que no tenís ni aonde caerte muerta.

MARTA — ¿Vai a seguir?

EMILIO — No si no es una ofensa: es una verdá.

MARTA — Güeno, si te molesta tanto qu'esté contenta, me pueo sacar un ojo con un palo o pueo ir a poner la cabeza debajo de las rueas de un camión po. (*Ríe. Lejano sonido de tarros*).

EMILIO — ¿Y eso?

MARTA — (*Señalando hacia el fondo*) Viene de allá. . .
(*Aurelio emerge de la noche. Es un ser extraño. Los harapos que viste son inclasificables; en realidad no son harapos, hay una sutil diferencia entre lo que gasta el tiempo y lo que demuele el roce, el uso cotidiano: su ropa está gastada por el tiempo. Cuelgas de tarros vacíos, no muchas, sobre el cuerpo.*)

MARTA — (*Quedo*) ¡Es un loco!

EMILIO — No, es un hombre.
(*Aurelio los mira de lejos.*)

MARTA — Chis, ¿no vis como anda vestío?

EMILIO — El debe pensar lo mismo de nosotros. . . Pensar distinto. . . a eso es lo que toos llamamos locura. (*A Aurelio*) ¿En qué anda, amigo?

AURELIO — Hambre.

MARTA — (*Solidaria. A Emilio*) ¿Tenís pan?

AURELIO — No, no de pan. (*Se acerca, señala el fuego*) ¿Puedo?

MARTA — Claro, atráquese nomás. (*A Emilio*) Dale lao po.

AURELIO — (*Acomodándose*) No, por aquí estoy bien.

EMILIO — Pero sáquese la armaura pa qu'esté más cómodo.

AURELIO — (*Retrocede asustado; se abraza con violencia, resguardando los tarros*) ¡No, no puedo: ellos me salvaron!

EMILIO — ¿De qué?

MARTA — Qué importa eso ho. (*A Aurelio*) Si no se los quiere sacar no se los saque na; él decía que le estorbaban.

¿Viene de muy lejos?

AURELIO — (*Vuelve a acercarse al fuego*) Sí, de muy lejos: de ninguna parte.

MARTA — ¿Cómo es eso?

AURELIO — Helado y plomizo.

EMILIO — No, ella dice que como puede venir de ninguna parte.

AURELIO — (*Abruptamente*) ¿Qué hacen aquí?

MARTA — ¿Aquí? (*Se encoge de hombros*) Ná po.

AURELIO — ¿Cómo llegaron a este lugar?

EMILIO — Ella se vino nadando, yo llegué más o menos de aonde mismo llegó usted. ¿Por qué?

AURELIO — (*Casi para sí*) Tienen que haber encontrado algo: nadie se detiene donde no hay nada esperándolo. . . ¿Qué encontraron?

MARTA — Ná, no hemos encontrao ná, ¿no cierto, Emilio?

AURELIO — (*Se para, husmea*) Si se detuvieron aquí tienen que haber encontrado algo. . . ¿Es cierto que no lo saben?

EMILIO — Cierto, ciertito, ¿qué podemos encontrar aquí? Este es un puro pelaero.

AURELIO — Algo tiene que estar esperándolos. (*Muestra los tarros*) Suenan. Anuncio.

MARTA — ¿Ve la suerte?

AURELIO — No hay suerte, señora: hay hombres, ríos, estrellas, viento, flores y cuchillos. . . Todo tiene un nombre y un destino ineludible.

MARTA — ¿Y cuál es mi destino?

AURELIO — Vivir, señora.

MARTA — Si po, pero cómo.

AURELIO — (*Rudo*) Quiero saber qué encontraron aquí. Díganmelo, es importante: díganlo.

EMILIO — No se ponga caldillo po, ya le. . .

AURELIO — (*Hace sonar los tarros; escucha. Queda mirándolos compasivamente*). Todo lo que les queda cabe en un puño o en un grito. . . Cántaros vacíos, y un llanto les suena

adentro, que se quedan, que se van quedando. . . El viejo sueño del tranquilo lugar, río interior que no puede derramarse sobre el mundo, que se quedan, que se van quedando. . .

MARTA — (*Quedo, a Emilio*) No le entiendo ná.

EMILIO — Que los quedamos, que los vamos quedando.

AURELIO — (*Hace sonar los tarros, escucha. Sombrío*) El agua. . . los huesos quebrados contra el cielo. . . La negra agua de la muerte. . . (*Desasosegado*) Se acerca la noche, me voy. (*Ademán*)

MARTA — ¿Qué vio? ¿Qué vio en los tarros?

AURELIO — Nada. . . No me dijeron nada. (*Interrogando los viejos laberintos*) ¿Por qué aquí? ¿Por qué aquí?

MARTA — ¿Aquí, qué? ¿Qué vio?

AURELIO — ¿Se construye lo mismo encendiendo o pisando señales?

EMILIO — Oiga, cascabel, si vio algo déjese de adivinanzas y diga la firme, no tenga miedo.

MARTA — Si po, si vio algo, diga.

AURELIO — (*Señalándolo*) ¡Este hombre está alcanzando el tamaño de la muerte! (*Hace sonar los tarros con ritmo creciente, como negándose a creer; escucha. Anonadado*) El viento de la injusticia vuelve a sonar de nuevo. . . ¿Hasta cuándo? ¿Por qué? (*Pausa*) Suena y resuena. . . ¿Qué busca ahora? ¿Hasta cuándo? (*Pausa*) ¿Dónde está el pan y el trigo? ¿Qué fue de la cósmica alegría de tener un hijo? ¿Fueron en vano los sudores que sudamos? ¡Tanta muerte y nada, tanta muerte y nada! (*Apesadumbrado*) Nunca volveré a entrar a la ciudad. . . Ya nunca podré volver a entrar. . . (*En su cuerpo suena un tarro como por casualidad. Queda inmóvil, escuchando, su expresión cambia, se torna alegre. Los hace sonar*) ¡Viene de blanco y sonriendo: la muerte viene sonriendo! ¡Claro, lo que cae renace purificado!. . . ¡Dios, por fin te decidiste a mantener en alto al ser humano!. . . ¿Será aquí? ¿Será aquí nomás? ¡Tengo que ir a ver, tengo que ir a ver! (*Se aleja saltando*)

MARTA -- (*Lo sigue un breve trecho*) ¡Eh, oiga. . .!

EMILIO -- Déjalo.

MARTA -- ¿Era un loco?

EMILIO -- ¿Qué decís voh?

MARTA -- Que sí po.

EMILIO -- ¿Y entonces pa qué me preguntai?

MARTA -- ¿No se te da ná?

EMILIO -- Si lo que decía era verdá, no hay ninguna parte aonde me puea escapar y si es mentira, pa que me voy a preocupar.

MARTA -- Oye, ¿y de que decía que tenía hambre si no era de comía?

EMILIO -- No, ahí si qu'estaba frito, porque el único pan que cura toas las hambres es la justicia, y esa cuestión anda más perdía que'l teniente Bello.

MARTA -- Pucha, y se jué p'allá: a lo mejor más encima se cae al canal el pobre locateli.

EMILIO -- No, el canal tá p'allá; viene así, no atravesao.

MARTA -- (*Extrañada*) ¿P'allá? ¿Y por qué tamos tan lejos?

EMILIO -- Aquí hace menos frío.

MARTA -- ¿Y cómo me trajiste de tan lejos?

EMILIO -- Al hombro po.

MARTA -- Oye. . . y yo'staba. . . ¿taba con ropa?

EMILIO -- Claro po, ¿o creís que la traíai en una maleta? Yo te la saqué. Si te había sacao del canal, no ía a dejar que te murierai de pulmonía. (*La señala*) Pónetela.

MARTA -- Tiene qu'estar mojá toavía.

EMILIO -- Ta seca, te la sequé al juego.

MARTA -- ¿Por qué me la secaste?

EMILIO -- Porque'staba mojá po.

MARTA -- No, quiero decir. . . O sea que nadie había hecho ná por mí. La gente siempre pasa de largo nomás. . . Y voh me cuidaste y me secaste la ropa. . . Gracias.

EMILIO -- (*Después de una breve pausa*) De qué po.

Quando te tirís al agua otra vez, venís p'acá y yo te seco la ropa. ¿Vivís lejos?

MARTA — No tengo na casa. . . De qu'el Mario se echó el pollo que ando sola:

EMILIO — ¿Por eso queríai lavar la ropa con voh aentro?

MARTA — No, pasó otra cuntión.

EMILIO — ¿Qué cuestión?

MARTA — Otra cuntión po. (*Pausa*) El Mario se jue hace tiempo; se jué hace mucho tiempo: ya van a ser tres meses. . .

EMILIO — ¿Pa ónde se jue?

MARTA — Quinzás po: se murió. (*Va hacia la ropa, la palpa*) De veras qu'está seca. Me la voy a ponérmela. (*Lo queda mirando*) Date güelta po, sei caballero.

EMILIO — (*Señalando*) Ellos te van a ver. Y van cabros chicos también.

MARTA — (*Mirando*) Verdá po. Pónete delante entonces. (*Emilio se levanta, se para frente a ella*) Pero date güelta p'allá pos, fresco.

EMILIO — ¿No vis que hago chistes también? (*Se da vuelta*) ¿El Mario era tu firmeza?

MARTA — Mi compañero.

EMILIO — ¿Murió solo o lo mataron?

MARTA — (*Poniéndose la ropa*) No si. . . O sea que se murió pa mí nomás: me dejó bota. (*Pausa*) ¿Murió o lo mataron? No había pensao nunca en eso. Un día agarró las herramientas me queó mirando y me dijo: "¿Sabís que más?, voh no tenís ni'ún brillo". Y se jue. . . Lleváamos más de sei años juntos.

EMILIO — ¿Y voh no le dijiste ná?

MARTA — No po, qué ía a decirle: con la cama y la comía no se ruega a nadie. . . Y también que las cosas del corazón no se arreglan con palabras, porque a la juerza no es cariño.

EMILIO — Orgullosa la rota también.

MARTA — No, si no es que sea orgullosa, es que una

necesita cariño de verdá, no de mentira, ¿no vis que una tá viviendo de verdá? (*Ha terminado de ponerse la ropa*) Ya, si querís te dai güelta, ahora podís mirar. (*Emilio se da vuelta, la observa detenidamente. Marta se cohíbe*) Ya po, si es una mirá a la rápidá nomá.

EMILIO — Quedaste flor. Lo único es que parece que hubierai planchao la ropa con una hoja de repollo. . (*Queda inmóvil, como escuchando*)

MARTA — ¿Qué te pasa?

EMILIO — ¿Tenís una idea así como que lo'stán sapiando? ¿Cómo que hay alguien dando güelta? (*Busca*)

MARTA — (*Asustada, siguiéndole*) ¡El loco!

EMILIO — No.

MARTA — (*Señalando*) ¡Ellos po!

EMILIO — (*Buscando, husmeando*) Es otra cosa. . . Endenantes también sentí eso. . .

MARTA — No se ve a nadie; no hay árboles ni piedras grandes, no hay ninguna parte donde alguien se pueda esconder.

EMILIO — (*Oscuramente*) Hay alguien. . . Por aquí anda alguien dando güelta.

MARTA — ¿Hiciste algo malo voh?

EMILIO — No creo. Pero eso no se sabe. . . ¿Y voh?

MARTA — No sé. Hablo, me río. ¿Es malo eso?

EMILIO — Puede ser.

MARTA — ¿Por qué no los dicen lo que poimos hacer y lo que no?

EMILIO — No pueden. (*Pausa*)

MARTA — Mejor los corrimos de aquí.

EMILIO — ¿Pa ónde?

MARTA — Si po, la cuestión tá igual en toas partes. ¿Por qué los persiguen?

EMILIO — Porque'stán haciendo un mundo mejor.

MARTA — ¿Pa quién?

EMILIO — Pa nosotros po.

MARTA — Chis, ¿cómo es eso?

EMILIO — (*Yendo a sentarse*) Anda a entender voh po.

MARTA — ¿Y qué se podrá hacer?

EMILIO — Eso es lo que les gustaría saber a toos. (*Pausa*) ¿Tenís hijos voh?

MARTA — No. . . O sea que una vez quedé embarazá, pero lo perdí. (*Se encoge de hombros*) También qu'el Mario no quería. (*Queda pensando*) Pero debe ser encachao tener un hijo, ¿ah?. . . Yo he visto que ninguna vez se les pone la cara más bonita a las mujeres que cuando aprietan así (*mima*) a un hijo en los brazos.

EMILIO — Lindo es po. . . Sobre too cuando te piden de comer y no tenís que darles. “Los hijos de los pobres son sanos y robustos, porque se crían en la tierra y andan en pelota”. ¿Habís oído eso voh?

MARTA — Claro, las ñoras de los futres siempre dicen así.

EMILIO — Menos mal que tu marío sabía la papa.

MARTA — (*Altiva*) El Mario no era mi marío, los habíamos juntao nomás. (*Pausa*) Pero aunque hubiera sío lo que hubiera sío, yo ya me había pegao la cachá que no podía tener, porque no teníamos donde criarlo. Pucha, Dios debiera. . .

EMILIO — No lo metai a él. El no reparte las cosas, a lo sumo las hizo: son otros los que las reparten.

MARTA — Claro, si sé como se las reparten. . . Una vez llegaron a la casa y empezaron a sacar too p'ajuera. Mi mamá los agarró a nosotros y se puso en un rincón: “Lléense too nomás, desgraciaos —les dijo—, pero a mí no me pregunten ni'una lesera”. Ella m'enseñó a no rogar; ella m'enseñó a pegarme con una piedra en el hocico antes de rogar.

EMILIO — ¿Por qué les quitaron las cosas? ¿Cuándo jué eso?

MARTA — Hace tiempo, yo tenía como diez años. (*Pausa*) Pero no me gusta hablar d'eso: me pueo poner triste. ¿Voh tenís hijos?

EMILIO — Tenía.

MARTA — ¿Murieron?

EMILIO — Sí, de muerte entera.

MARTA — ¿Cómo es eso?

EMILIO — Me olvidaron.

MARTA — ¿Y voh?

EMILIO — ¿Yo qué?

MARTA — ¿Los olvidaste también?

EMILIO — ¿Qué pensai hacer?

MARTA — (*Después de una breve pausa*) No sé po: andar.

EMILIO — ¿Y tenís pa onde cortar?

MARTA — No.

EMILIO — Vai a llegar re luego entonces.

MARTA — (*Señalando excitada*) ¡Mira, un incendio! (*Se paran, miran*)

EMILIO — ¿Qué s'estará quemando ahora?

MARTA — Yo conozco ese humo. . . es cuando se quema el pasto o el trigo.

EMILIO — Lo que no se quema se cierra. (*Va a sentarse*)

MARTA — ¿Conocís algún futre que tenga casa con jardín?

EMILIO — ¿Jardín? No, ¿por qué?

MARTA — Pa que me hubierai dao la nombrá. Yo arreglo jardines; en eso trabajábamos con el Mario.

EMILIO — ¿Jardines? . . . ¿Quedan?

MARTA — Casi na. (*Pausa*) Esa es la rabia más grande que tengo contra la gente: s'encerraron en las casas y dejaron morirse los jardines.

EMILIO — Hubiera sío eso nomás.

MARTA — Pero jue lo pior. . . Ahora era el tiempo de los claveles, de los medallones y de las dalias; después venía el tiempo de los gladiolos y de los crisantemos dobles. Se veía too tan bonito lleno de colores. . . Pero dejaron secarse los jardines y yo digo: ¿qué v'hacer la gente cuando llegue la primavera y no haya ninguna flor?

EMILIO — Sin tierra aonde pisar y sin pan pa comer, no creo qu'eso le importe mucho a la gente ahora.

MARTA — Voh soy igual que toos, l'echai la culpa de las penas a las puras cosas grandes, pero son las chicas, esas cosas que parece que no existieran, las que la van arrastran-

do a una pal desierto. (*Emilio no contesta. Marta da unos pasos, se para frente a él*) Güeno, gracias por too, ¿ah?

EMILIO — De qué po. (*Silencio*)

MARTA — (*Señalando*) ¿Las calles tan p'allá?

EMILIO — No, tenís que andar en sentío contrario a ellos. (*Señala*)

MARTA — ¿Entonces vienen de la ciudá?

EMILIO — A lo mejor.

MARTA — ¿Vendrán arrancando?

EMILIO — (*Mirando*) No creo, se ven muy calmaos. Lo que yo te digo es que tenís que andar en sentío contrario a ellos; luegoitai vai a empezar a sentir un olor a podrió: siguiendo por ese olor llegai a la ciudá.

MARTA — ¿Y voh. . . qué vai hacer?

EMILIO — (*Saca cigarrillos*) Ahora voy a fumar, después no sé.

MARTA — (*Después de una pausa. Señalando el choquero*) ¿Sabís?, me lo voy a tomar antes d'irme. . . No tengo na plata pa pasar por ahí a tomarme un té.

EMILIO — Si te lo vai a tomar, pónelo al juego; ya'stá frío.

MARTA — (*Se sienta*) Güeno, pongámolo un rato. ¿Voh vai a tomar?

EMILIO — No.

MARTA — (*Busca que decir*) ¿Hace frío ah?

EMILIO — Claro.

MARTA — ¿Va llover?

EMILIO — No sé po.

MARTA — ¿Aónde te ponís voh cuando llueve?

EMILIO — Aonde no me moje.

MARTA — (*Ríe*) De veras po. (*Pausa*) ¿Es lejos aquí, ah? (*Emilio se para sin contestar*) ¿Pa ónde vai?

EMILIO — A buscar algo pal juego, s'está apagando.

MARTA — (*Ademán de levantarse*) Yo voy.

EMILIO — No, voh quedate cuidando los sacos.

(*Comienza a buscar; coge alguna rama, algún papel; se pierde buscando. Marta se para, se mira la ropa, trata de alisarla, de aco-*

modarse el pelo, etc. Después coge el sobretodo y lo dobla cuidadosamente, corre los sacos de lugar. Saca una estaca del cordel y la usa a guisa de escoba para limpiar el lugar. La gente que pasa llama su atención. Se queda mirándolos. Da unos pasos hacia ellos:)

MARTA — (*Gritando*) ¡Eh! . . . ¿De dónde vienen? . . . ¿Pa ónde van? ¡Contesten, contesten! . . . ¿Quiénes son? . . . ¿Quiénes son? . . .

(Espera, se encoge de hombros; sigue rastrillando. Llega Emilio, con ramas, pedazos de tablas o cualquier objeto combustible. Queda mirándola, perplejo.)

EMILIO — ¿Qué'stai haciendo?

MARTA — Limpiando po.

EMILIO — ¿Pa qué?

MARTA — Pa qu'esté limpio po (*sonríe*). Las mujeres siempre limpiamos.

EMILIO — Pero. . . Pucha, cómo se ti'ocurre ponerte a limpiar aquí: ¡esta no es na una casa!

MARTA — Pa los que no tenemos casa, cualquier lao aonde'stemos es la casa.

EMILIO — (*Deja caer los desperdicios*) No seai tonta, ho.

MARTA — Chis, ¿te pareció mal? (*Tira la estaca*) ¡No limpio ni'una lesera!

EMILIO — ¿Siempre habís sío tan güen genio?

MARTA — Delicá. A mí no me viene a humillarme nadie.

EMILIO — (*Contento*) ¡Macanúo! Ahí si que me gustaste. Si anduviera con sombrero me lo sacaba delante de voh, palabra.

MARTA — ¿M'estai columpiando?

EMILIO — No, en serio; a uno pueen patiarle y echarle abajo muchas puertas, y uno puee seguir aletiendo, pero si t'echan abajo la puerta de la dignidá, ahí ya no podís porque entonces ya no soy na, ni siquiera desperdicio, ¿cachai?

MARTA — Más o menos nomás.

EMILIO — Pero si'stá re clara la cuestión: en alguna parte se abrió una puerta y entró de golpe too lo malo que

hay. Del hambre, de la soledá y de las patás, ya no te salva ni Cristo; pero la dignidá te puee salvar de convertirte en animal. Y cueste lo que cueste, eso es lo único importante.

MARTA — ¿Así que con dignidá o sin dignidá voy muerta igual? Chis, la esperancita que me dai. Con esa fe que tenís en la vía, podíai dedicarte a consolar enfermos en el hospital, ganaríai pura plata.

EMILIO — No hay otra, por lo encachá que soy por dentro, me gustaría poder ofrecerte algo mejor, pero eso es lo único que los dejaron.

MARTA — ¿Ofrècerme? ¿T'estai como tirando al dulce conmigo?

EMILIO — No, es un decir nomás.

MARTA — ¿Tuviste casa alguna vez?

EMILIO — (*Se adelanta, mira*) Sí pero hace tiempo. (*Señala*) Le pregunté a uno d'ellos que pa donde iban, pero si hizo el leso. . . O sea, me pegó una mirá como preguntándome si yo era guevón o me hacía. . . De cerca se ven cansaos, se ven. . .

MARTA — ¿La echai de menos?

EMILIO — ¿A quién?

MARTA — No sé po; a tu mujer.

EMILIO — A gritos. Pero qué vamo hacerle, lo que se pierde se pierde. La cuestión es aprender a no tener na.

MARTA — Pero es que no somos na animales po. Aunque sea un cuntión que veces duela, el amor. . .

EMILIO — ¿Amor? Cuando la mujer no puede entrar al almacén, el hombre no puede entrar a la cama: ese es el amor. Lo que creíamos que existía no existía: lo que los mantenía juntos era el pan, la cama o la necesidá de compañía, pero éramos gente sin amor. (*Marta va a protestar*) No, no me vengai na con gestos; anda p'allá (*señala*), anda pa esa maldita ciudá y pregunta quienes son los que han seguío uníos: los únicos son los que toavía tienen pega o los que siempre han tenío el billete largo.

MARTA — ¡Pucha que soy amargo voh, ho! ¡Y yo que te tenía desconfianza porque creía querai sapo! (*Ríe*) No

seai tonto, ho; yo sé qué la cuntión tá mala, pero. . .

EMILIO — ¿Te vai a poner a aconsejarme? Soy joven y lindo, y'stoy en edá de merecer, ¿no cierto?

MARTA — No, claro que no; pero si toos los que les ha pasao algo en este tiempo se tuvieran que poner a llorar, quedarían los puros perros con los ojos secos po. . . Y también que sino hubiera gente como voh, ¿con quién íamos a conversar las que somos como yo? Si el único que puee consolar a un desgraciao, es otro desgraciao, ho, no seai tonto. Y pa que sepai, nadie puee decir que no va querer más, porque al corazón no se le da na lo que voh pensai, él llega y se pone a querer nomás; así que no te les vengai na a dar de macanúo.

EMILIO — ¿Por qué sabis tanto del amor voh?

MARTA — Porque quiero a la vía po. En veces se me aprieta el corazón por too lo que pasa pero no creo qu'el amor se haya muerto; lo que pasa es qu'el amor güeno es como las plantas güenas, no sale solo, hay que plantarlo pa que brote. No, si conmigo voh vai apren. . . *(Sobresaltada)* ¿Y ése, de aónde salió? ¿Andará buscando al loco?

EMILIO — *(Mirando)* ¿Quién?

MARTA — *(Quedo)* Ese po. . . Cállate. . . *(Por la platea aparece un hombre — Miguel — con un palo. Marta, cordial:)* Güenas tardes.

MIGUEL — *(Desde abajo)* Güenas.

MARTA — ¿Busca a alguien?

MIGUEL — *(Observa, sin contestar. Sube. Empuja el palo del suelo con el suyo)* ¿No habían más?

EMILIO — ¿Es suyo?

MARTA — ¿Quiere hacer juego?

MIGUEL — *(Sin mirarlos)* ¿Ustedes son de por aquí?

EMILIO — ¿Y a usté qué l'importa?

MARTA — No, no somos ná de por aquí: tamos de pasá nomás. ¿Por aónde se vino que no lo vimos?

MIGUEL — *(Vagamente)* Porai. *(Pausa)* ¿Van a tomar té otra vez?

MARTA — Yo no he tomao. (*Pausa*) ¿Cómo sabe qu'estábamos tomando té?

MIGUEL — Tengo que saber too. (*Pausa*) Tome tranquila nomás. (*Yéndose*) Es temprano toavía.

MARTA — ¿Temprano pa qué? (*Miguel no contesta. Se pierde de vista. A Emilio*) ¿Temprano pa qué, dijo?

EMILIO — Quinzás po.

MARTA — Pucha el gallo pa superitante. Y voh lo trataste mal; tiene más cuidao, ¿no vis que puee ser peligroso?

EMILIO — No me gusta la gente que anda armá, ni la gente que llega de lao: siempre paren violencia.

MARTA — Pero no podís andar desafiando po.

EMILIO — Yo no desafío a nadie. No dependía de mí el que alguien me quisiera ni el que me dieran trabajo o un lugar pa vivir; pero sí depende de mí el no permitir que nadie me atropelle: si no han podío obligarme a hacer algo que no me gusta, no habrán podío obligarme a na, y al final, eso es lo único que vale. Arrodillate voh delante de tu cagá de amor y de tu cagá de esperanza, a mí déjame como soy nomás.

MARTA — (*Enojada*) ¡Yo no me arrodillo delante de na, no seai hoción!

EMILIO — Queríai matarte.

MARTA — ¡Mentira!

EMILIO — ¿Y qué hacíai aentro del canal? ¿Tabai aprendiendo a nadar?

MARTA — (*Mirando hacia todos lados*) No jui yo: me tiraron.

EMILIO — ¿Te tiraron? ¿Quién? ¿El Mario?

MARTA — ¡Habla más despacio po!

EMILIO — No tengai mieo, no tengai más mieo. ¿Quién te tiró?

MARTA — No sé, yo no sé quienes eran, con el mieo no los vi bien. (*Casi divertida*) Y también que me pasé llorando.

EMILIO — ¿Llorando? Entonces m'engañaste: decíai que no rogabai.

MARTA — Si no los rogué, lloré no más. Jue una cun-

tión que se me ocurrió pa ver si no me hacían na.

EMILIO — ¿Y qué'stabai haciendo que la agarraron con voh?

MARTA — Vivir nomás po, eso'staba haciendo. Pero me tocó la mala suerte de pasar por una calle aonde tres gallos taban sacando un bulto a la rastra di'un pasaje y me quedé helá; me dio la garrotera. (*Pausa*) ¿Sabís lo qu'es la garrotera?

EMILIO — No.

MARTA — La misma cuntión que le daba al Chavo del ocho po.

EMILIO — ¿Quién es ése?

MARTA — El hermano del Chavo del siete po. (*Ríe*)

EMILIO — Ah, m'estai gueviando.

MARTA — No. Era una serial que daban en la tele, yo la veía cuando andaba arreglando jardines con el Mario. Se trataba de un asopao que cuando le daba mieo quedaba too chueco y tieso, así (*lo hace*). Así mismo quedé yo cuando vi a los gallos. Entonces al tiro uno d'ellos se me acercó y me dijo: “¿Y voh, qué hacís pará aquí? ¿Tai sapiando?

—No pos, mi caballero —le dije—; yo ía pasando nomá.

—¿Aónde vivís?

—No, yo no tengo ná casa —le dije—. De qu'el Mario me dejó que ando sola por toas partes.

—¡Ya, ya —me dijo—, márchate di'aquí, te corriste!

Me había empezao a ir, re contenta, cuando otro que parecía que mandaba más, le dijo: “No po; no poímos arriesgarlos”.

—Pero es que esta gilucha no tiene idea de na —le dijo él.

—No, háceme caso, no poímos arriesgarlos a que ande abriendo el hocico por ahí: arriba con ella.

Y entonces me agarraron y me subieron al auto también. Ahí jue aonde se me ocurrió ponerme a llorar po. “¿Cómo te llamai? ¿Por qué clu jugai? ¿De cuando que te andai metiendo en forros?”, me decían. Y yo meta llorar y llorar.

EMILIO — ¿Qué bulto era el que habían echao al auto?

MARTA — Se movía, pero no lo vi bien, ¿no te digo que

me pasé too el rato llorando? Hasta su patá me tiraron pa que me queara callá, pero no le aflojé. Habíamos andao un güen rato ya, cuando uno d'ellos le dijo a los otros: "Pucha, esta infeliz ya me tiene loco con su llantería, qué podemos hacer con ella". Entonces el que mandaba, me agarró del pelo y me dijo: "Oye, desgraciá, si no callai el hocico, te vamo a matar y te vamo a tirar a ese canal". Pero yo las pinzas que le ía aflojar, ¿no vís que si no lloraba me podían hacer decir cualquier lesera, y ahí sí que una'stá frita? Pero yo, mucho luque en este buque, a mí no m'iban a. . . (*Calla. Prestan atención*) ¿Sentís?

EMILIO — Claro, sirenas. (*Se paran. Otean*)

MARTA — (*Medrosa*) Y no son ná de bomberos, esas suenan di'otra manera.

EMILIO — ¿Qué habrá pasao ahora?

MARTA — ¡Tenimos que correrlos!

EMILIO — No, espérate. (*Señala*) El cagüín tiene que ser con ellos.

MARTA — ¡Pero van a cargar con nosotros también!

EMILIO — ¿Y qué?

MARTA — ¡Yo no quiero que me maten!. . . ¡Ya aparecieron, vámoslos! (*Lo toma de un brazo, jala*)

EMILIO — (*Mirando atentamente*) No corren, no se asustan; parece que no oyeran.

MARTA — ¡Pasaron de largo!. . . No era ná con ellos. . . ¿Pa dónde van entonces?

EMILIO — ¡Qué va saber uno!

MARTA — ¿Por qué no corrieron, por qué no se asustaron?

EMILIO — No sé po. A lo mejor tan cabriáos de correr y de asustarse, a lo mejor sabían que no era con ellos. (*Interesado*) Lorea. . .

MARTA — (*Tratando de ver*) ¿Qué?

EMILIO — Allá lejos. El gallo del palo.

MARTA — ¡Claro, ta alegando con ellos!

EMILIO — (*Impulsivo*) Voy a ir a ver.

MARTA — (*Tomándolo*) ¡No, no vai! . . . Me dan mieo, no quiero quedarme sola.

EMILIO — ¡Suéltame, yo no tengo na que ver con voh!

MARTA — Y yo tampoco con voh po, que me venís a gritoniar.

EMILIO — (*Extrañado*) Pucha, tampoco le hacen ni caso al gallo del palo. . .

MARTA — Verdá po. . . ¿Quiénes son? ¿Quiénes son?

EMILIO — Pueen ser cualquier cosa; pero sean quienes sean, agarraron un camino. . . Y algún día, andando y andando, tienen que llegar a alguna parte. A lo mejor así tiene que ser uno, a lo mejor no hay más meta que la que uno se puea poner.

MARTA — Pero no le dan bola a nadie.

EMILIO — Me gustan. . . M'están gustando. . .

MARTA — Güeno, ándate con ellos si te gustan tanto po.

EMILIO — ¿Por qué al que le pregunté endenantes me dio a entender que yo sabía lo que l'estaba preguntando? Cuando a uno le dicen: "No se haga el lesa, po iñor", lo'stán acusando de algo. . .

MARTA — ¿Qué me decís a mí po?

EMILIO — ¿T'enojaste?

MARTA — No, porque me voy a enojar; voh soy dueño de hacer lo que querai. (*Se sienta en el lugar de Emilio. Busca en el saco*)

EMILIO — ¿Querís comer algo? Ahí en el otro saco tengo algunas cuestiones. . . (*Meditabundo*) Lo que tiene una puerta de entrá tiene que tener una puerta de salía. . .

MARTA — (*Deja de hurgar en el saco*) ¿De qué'stai hablando ahora?

EMILIO — (*Yendo hacia el fondo*) De lo mismo de siempre. D'esa obligación inevitable de tener que buscar y buscar.

MARTA — ¿Soy raro voh, ah?

EMILIO — ¿Cómo raro?

MARTA — (*Queda pensando*) No sé po.

EMILIO — No me hagai caso (*Rehaciándose*) Güeno, no terminaste de contarme lo que te pasó.

MARTA — No me quiero acordar. Te conté pa que no creyerai que me había tirao yo nomá.

EMILIO — O sea qu'iban pasando, les molestastes en algo, te metieron al auto y te vinieron a tirar al canal, así nomás, como quien prende un cigarro o sale a botar basura.

MARTA — Claro, así nomás. Pero lo que pasó pasó; toi viva toavía: eso es lo qu'importa. (*Emilio va a alegar, se para, se acerca a él*) No, no me discutai: voh soy como atracarse al juego, quemai. Yo no quiero aprender a tener mieo, no quiero aprender a llorar. . . Es bonito vivir, la tierra no tiene la culpa de ná; es como una casa sin murallas, donde hay de tóo lo que una necesita, de tóo lo que a una le gusta, sol, plantas, agua, frutas, pájaros, de too; ella no tiene la culpa que. . . (*Emilio la hace callar*) ¿Qué pasa?

EMILIO — (*Señalando*) Viene p'acá otra vez.

MARTA — (*Mirando*) ¿Qué quedrá ahora? (*Quedan de pie, esperando. Aparece Miguel, hay algo de obscuramente amenazante en su cordialidad; algo que no se debe solamente al hecho de que lleve un palo*)

MIGUEL — Hola.

MARTA — Hola. . .

MIGUEL — (*Afirma el palo en su cuerpo, se soba las manos*) ¿Tá helá la tarde, ah?

EMILIO — Es qu'es invierno; lo raro sería que hiciera calor.

MIGUEL — (*Sonriendo*) Claro.

MARTA — No seai roto po.

MIGUEL — (*Siempre sonriendo*) No, si no es ná. (*Pausa*) ¿Terminaron de tomar tecito?

EMILIO — Yo sí, ella no.

MIGUEL — ¿No son yunta?

EMILIO — En yunta andan los güeyes.

MIGUEL — ¿Ta enojao, amigazo?

MARTA — No, si es así: dice que no le gusta hablar, pero después hay que hacerlo callar a palos.

MIGUEL — (*Subiendo. Con intención*) Entonces yo' estoy flor pa hacerlo callar.

EMILIO — No creo.

MARTA — (*Rápida*) ¿Quiere un poco e té? ¿Quería un poco de té?

MIGUEL — No, gracias, le preguntaba si habían tomao nomás. . . Es que endenantes vine a dar una güelta, pero como' estaban tomando, no quise molestarlos.

EMILIO — ¿Y en qué los ía a molestar?

MIGUEL — Es que soy cuidaor. . . Me mandaron a decirles qu' está es propiedá privá.

EMILIO — ¿Y?

MIGUEL — Y que no pueen tar aquí po.

MARTA — Claro, si ya los íamos a ir. . . O sea él por su lao y yo por el mío.

EMILIO — ¿Por qué no poimos tar aquí?

MARTA — Porque no es casa de nosotros, si ya los dijo. (*A Miguel*) Pero nosotros no' stábamos a la mala, ¿ah? No sabíamos qu' era propiedá privá.

EMILIO — La verdá es que no sabíamos qu' el mundo era propiedá privá, por eso nacimos. (*Se sienta*) Si alguien se hubiera tomao la molestia de avi. . .

MIGUEL — ¿Por qué se sienta?. . . L' estoy hablando en serio. (*Emilio no contesta*) Los dejé estar aquí too el día, no puée quejarse. (*A Marta, que intenta sentarse*) ¡L' estoy hablando en serio, señora!

MARTA — No soy señora.

MIGUEL — Güeno, lo que sea. (*A Emilio*) ¡Ya po!

EMILIO — (*Sacándose un zapato*) No me voy a poder ir. . . Me torcí un pie.

MIGUEL — Chis, ¿cómo s' iba torcer un pie si' estaba parao ahí?

EMILIO — Cosas de la vía po.

MIGUEL — No, no se las venga ná a dar de vivaracho conmigo, gancho, mire que no tengo na muy güen genio. Vine hablarles con güenas palabras, incluso esperé que tomaran té y too, pero no se me pase, no se me pase.

MARTA — Nosotros tampoco le hemos dicho ningún atrevimiento; si ya los vamos a ir ya, pucha qu'está apurao.

EMILIO — ¿Por qué quiere que los vamos? Este es un pelaero, aquí no molestamos a nadie.

MIGUEL — Yo no sé, yo no tengo na que ver: él me mandó a decir que no quería encontrarlos aquí cuando llegara: yo soy mandao.

MARTA — ¿Quién es "El"?

MIGUEL — El patrón po.

MARTA — ¿Y a quioras llega?

MIGUEL — (*Casi ofendido*) Esa es cosa d'él po.

EMILIO — Entonces quea mucho tiempo toavía. (*A Marta*) Toma té calmá nomás; ya sabís que en el saco chico hay cuestiones.

MIGUEL — Eh, no pos, taita, no güevee: yo no quiero hacerles ná.

EMILIO — Y entonces pa que los v'hacer po. (*A Marta*) Ya, dale, y me dai a mí también.

MARTA — (*Pesa la situación*) Nosotros no tenemos pa donde ir. (*Comienza a hurgar en el saco*)

MIGUEL — (*Amenazante*) ¿Así que se van a botar a chorros?

MARTA — No tenemos pa donde ir.

MIGUEL — Esa es cosa de ustedes, yo no tengo na que ver en eso. (*Blande el palo*) ¡Ya se corrieron di'aquí!

MARTA — (*Asustada*) ¡No, qué v'hacer!

MIGUEL — Pero si no quieren entender por las güenas po. ¡Y yo tengo que cuidar mi pega!

MARTA — ¡Mira pos, Emilio!

EMILIO — El que tiene que mirar lo que v'hacer es él. (*A Miguel*) Matar a una persona no cuesta na, amigo, es un minuto o dos. ¿Pero, y después? ¿Tiene casa? ¿Tiene familia? Saque la cuenta primero.

MIGUEL — Ustedes tan en propiedá ajena, no me sale ni por curao.

EMILIO — No sea tonto, ñor, si los mata lo van a crucificar, ¿no ve que si no pasa na entre los pobres la ley se

muere di'hambre? La ley es un animal muy raro, amigo, no come carne fina, le gusta la carne flaca y traspirá, como la suya y la mía.

MIGUEL — No me venga na con cuestiones raras, ya lo caché que's güeno pal chamullo; pero a mí no me va embo- lar la perdiz. El patrón siempre me ha mandao a decir que no le aguante leseras a nadie, porque yo'stoy en mi puesto.

MARTA — Pero si nosotros no l'estamos alegando d'eso po: usté ta en su puesto y nosotros en el de nosotros.

EMILIO — Claro, entienda que no le queremos crear problemas, pa qué po, si somos iguales.

MIGUEL — Yo tengo mi casa y mi pega, no me ando na metiendo en sitios ajenos.

MARTA — Suerte la suya po. Yo arreglaba jardines, pero quien va mandar arreglar el jardín ahora.

EMILIO — Y yo era tejeor, pero como'stán trayendo hasta las hilachas de ajuera, no hay pega ni pa tejer a pali- llo.

MIGUEL — Sentaos too el día aquí menos van a encon- trar. (*Deponiendo en algo su belicosidad*) ¿Era tejeor? ¿Qué te- jía?

EMILIO — De too, frazás, casimir, toallas; de lo que ca- yera.

MIGUEL — ¿Y aónde trabajó?

EMILIO — ¡Puff, aonde no trabajé! Tuve en la "Fre- sia", en Comandari, en Polax; hasta en el pasaízo de las ju- días, allá en Pedro Alarcón, tuve, con eso le digo tóo.

MIGUEL — Sí, lo conozco. . . Yo también era textil. . . O sea soy.

EMILIO — Ah pucha, que güeno, entonces somos cole- gas.

MARTA — Casi colegas nomás, porque él tiene pega.

EMILIO — ¿Quiere un poco e té? Llega a tener las ma- nos azules de frío.

MARTA — (*Sacando cosas del saco*) Con un güen poco e té y un sánguche de pan con pan va quedar flor.

EMILIO — ¿Alcanza pa los tres?

MIGUEL — No, yo no quiero. Tengo que volver a la pega. Aparte de cuidar, trabajo en el lobo.

MARTA — ¿En un lobo? Pucha la pega peligrosa que tiene.

EMILIO — (*Sonriendo*) No, hó; es una máquina pa moler tiras.

MIGUEL — ¿La conoce también?

EMILIO — Claro, si me sé casi toa la pega de hilandería. (*A Marta*) Es una máquina pa hacer güaipe. Se trabaja con puras tiras viejas que los futres van a comprar a los cachureos; tiras sucias y hediondas, que levantan una tremenda polvarea cuando se van moliendo.

MIGUEL — Eso sería aonde ha trabajao usted: aquí no se trabaja con desperdicios, se trabaja con recortes de las textiles.

EMILIO — Así debiera ser, pero no es po. ¿Se le tranca la máquina?

MIGUEL — En veces.

EMILIO — ¿No ve? Es por los botones y las porquerías que tienen las tiras, se meten en la estera y se van juntando hasta que tranca la máquina. (*A Marta*) A veces uno ni se ve al medio del polvo. (*A Miguel*) ¿Le dan leche?

MIGUEL — (*Mirando como a hurtadillas hacia el sitio por donde llegó*) No, que van a dar.

MARTA — ¿Y aónde'stá la máquina, que no se siente na di, aquí?

MIGUEL — (*Señalando*) Allá; hay que doblar pa la izquierda, por ahí por donde se ven hurgetiando esos perros, más o menos, y seguir derecho.

MARTA — ¿Tan lejos? . . . ¿Y es dueño de too esto también?

MIGUEL — Y no solo d'esto. Nadie sabe las cosas que tiene.

EMILIO — ¿Con el puro güaipe?

MIGUEL — No, ¿No le digo que ni yo sé las cosas que tiene?

EMILIO — ¿Y en qué podemos molestarle nosotros entonces si es tan poderoso?

MIGUEL — No sé po, pero me mandó decir que no quería verlos por aquí. (Pausa) ¿Así qué pa que me van a crear problemas pos, no cierto?

MARTA — ¿Trabaja mucha gente en la cuntión del güaipe? A lo mejor los podría dar pega.

MIGUEL — No, ni sueñe, ahora no podemos tomar a nadie. Calcule que de quince maestros tuvimos que bajar a cinco. Si hasta yo me tenío que meter en las máquinas pa abaratar los costos. Pero la gente no se da cuenta d'eso, yo no sé en que mundo viven; ya hace una semana que me está fallando un maestro, en balde les dice uno que cuiden la pega.

MARTA — Ahí podría calchar este po.

MIGUEL — No, si esa es la máquina qu'estoy trabajando yo.

EMILIO — Yo siempre tuve boches con los cuidaores. . . Mi'acuerdo que había uno que le decían "Palomo".

MIGUEL — ¿Ese que echaron a la centrífuga?

EMILIO — Claro, ¿lo conoció?

MIGUEL — No, oí hablar d'él nomás.

MARTA — ¿Qué's una centrífuga?

EMILIO — Una máquina donde se secan las telas después de teñirlas.

MARTA — ¿Y a él lo echaron aentro?

EMILIO — Claro, por vaca. Era carpintero, pero después queó de portero, y jue el perro más grande que ha habío. . . ¿No hay peor cuña que la del mismo palo, no?

MIGUEL — Es que hay que ver las dos partes. Si a uno le dan un responsabilidá tiene que cumplir. Por ser, a mí el patrón me tiene ordenao que en horas de trabajo la gente no puee fumar, no puee comer y no puée conversar, y yo tengo que hacer cumplir eso po, si pa eso me paga.

EMILIO — Pero es cabrona la pega, ¿ah?

MIGUEL — No, si'stá too en que cáa uno se ponga en su lugar nomás, si habiendo orden no hay problema. Y

también que nosotros no tenemos a nadie a la juerza: el que no le guste el trabajo se va nomás po, pa que se va'star haciendo mala sangre.

MARTA — Mi'acuerdo que cuando andábamos arreglando jardines con el Mario, cobráamos tres gambas, con puchero incluío. Pero cuando la situación s'empezó a poner mala, los quitaron el puchero; después los empezaron a pagar dos gambas, y después una. . . Ese era el trato y nosotros teníamos que aceptarlo, ¡pero puta que dolía!

MIGUEL — ¿Y qué tiene que ver con lo qu'estamos conversando, Enchúfese pos, señora.

MARTA — Es que los futres nunca daban la cara, siempre mandaban a las empliás a joderlos. Siéntese un rato po.

MIGUEL — No, tengo qu'irme. *(Pausa)* ¿Se van a ir, no cierto? Pa que vamos a peliar.

MARTA — Claro, si nosotros no queremos peliar, queremos vivir.

EMILIO — La mala cueva es que ahora hay que peliar pa vivir. Siéntese un rato, que le va a hacer un poco di'agua.

MIGUEL — *(Se sienta)* Un ratito nomás. Tengo sola a la ñora allá.

EMILIO — ¿Los habría pegao con el palo?

MARTA — Nosotros no le hemos echo ninguna cosa a usted.

EMILIO — ¿Los habría pegao?

MIGUEL — Ando con este palo, porque uno nunca sabe con quien se va encontrar. *(Pausa)* Jue la vieja la que me dijo que lo trajera. . . Ta enferma, la cagó el polvo de las máquinas.

MARTA — ¿Le lleo un poco e té?

MIGUEL — No, gracias, no le va abrirle, tá acostá. *(Señala)* Y también que le tiene mío a esa gente. *(Los tres hablan mirando a la gente)*

EMILIO — No han dejao de pasar.

MARTA — Y va de too: viejos, cabros. . . ¿Pa ónde irán?

MIGUEL — No sé, nadie sabe.

EMILIO — Pero usted los tuvo corretiando endenante.

MIGUEL — No, no los taba corretiando. Lo que pasó fue que creí que al medio d'ellos iba el maestro que no aparece a trabajar. . . Pero no vi bien si era él, y como no me contestó na. . .

MARTA — Pero usted andaba con ese mismo palo. Cualquiera se asusta.

MIGUEL — Y cualquiera se asusta d'ellos también. No hablan.

EMILIO — No piden.

MARTA — Andan nomás.

EMILIO — Me gustan. . .

MARTA — A mí me asustan; me asustan y me dan pena. Se ven solos, cansaos.

MIGUEL — A mí no me gustan ni me dan pena. (*Deja de mirar*) Son como una amenaza, m'están poniendo de mala. (*Pausa*) A él tampoco le gustan.

EMILIO — ¿A quién?

MIGUEL — Al patrón. Ayer mandó decir que si seguían pasando. . .

MARTA — ¿Ayer? ¿Entonces cuándo aparecieron?

EMILIO — Oiga. . . ¿No dijo que su señora taba enferma? ¿No dijo qu'estaba acostá?

MIGUEL — Claro, ta mal la vieja.

EMILIO — ¿Y entonces cómo los vio?

MIGUEL — ¿Cómo?. . . De veras po. . . Y en la pieza d'ella no hay ventanas. (*Silencio breve*)

MARTA — Tiene que haberlos sentío.

MIGUEL — (*Sin convicción*) Claro, eso ha sío. Puea ser que se cabreen de pasar antes que oscurezca, pa que no se asuste más.

EMILIO — (*Parándose*) Ya no hay salvación pa nadie.

MIGUEL — (*Casi violento*) ¿Por qué dice eso?

EMILIO — Los condenaos condenan.

MARTA — ¿Condenaos? ¿Condenaos por quién decis voh? ¿Por Dios? Dios no condena po.

EMILIO — ¿No? (*La mira*) ¿Y por qué no te echai una miraíta? (*Se va hacia el fondo*)

MARTA — ¿Y qué voh te creís muy picho? (*A Miguel*) Aquí tiene un montón de tiras po, ¿por qué no se lo lleva y lo pasa por la máquina? Se lo vendo.

MIGUEL — (*Se para*) Yo no compro cachureo, es el patrón el que compra.

MARTA — Se lo regalo entonces. (*Yendo hacia Emilio*) Güeno que con tóo el sebo qu'este tiene tranca hasta una locomotora, así que le puee hacer tira la máquina.

EMILIO — Eso sí que no, pobre peio limpio; limpio por dentro y por juera. Y acuérdate que a voh te recogí del canal. (*Arrepentido*) No, no me hagai caso.

MIGUEL — (*Yendo hacia ellos*) ¿Siempre s'echan tantas flores?

MARTA — No, si a este pescao lo conocí ahora nomás.

EMILIO — Contra esta no me casaría ni que me pagara en oro: esta es un camino que sé que no sirve. Güeno así debiera ser. . . Pero por algo que tiene en los ojos, en el corazón o no sé donde diablos, creo que volvería a andarlo. . . Y nunca llegaría a ninguna parte.

MARTA — (*Perpleja. A Miguel*) ¿Me insultó o se me tiró al dulce?

MIGUEL — Yo creo que le dijo una cuestión re fea, déle la cortá al tiro nomás.

MARTA — (*A Emilio*) ¿Me insultastes?

EMILIO — (*Sonríe*) No, palabra que no; por lo menos no quise.

MARTA — ¿Por qué te reís? Cambiaste, toavía no cacho muy bien porque, pero te veís más contento por dentro. . . Como si te hubiera llegao una güena noticia.

EMILIO — Claro, la trajo él. . . ¿No oíste?

MIGUEL — No es culpa mía, no me palabrée, compadre: yo cumplo órdenes. Pero no soy enemigo di'ustedes, si juera enemigo n'estaría aquí conversando.

EMILIO — ¿Conoce usté a alguien que sea enemigo de nosotros? Yo no. Toos los quieren cien o doscientas veces más que a su madre y a su agüelita juntas; tóos se han pasao la vía peliando por nosotros: escriben libros, hablan por la

radio, por la tele; sacan leyes que los favorecen en ésto, en lo otro y en lo de más allá. Palabra, nunca he sabío de alguien que ocupe un cargo que no sea pa servirlos a nosotros las veinticuatro horas del día; pucha, si toos tan de acuerdo, si están en los mismo, ¿quién crestas es el enemigo? Diga po.

MIGUEL — No sé, yo no me meto en eso, lo único que sé es que si no trabajo no como.

EMILIO — Es que tendría que meterse, pos, compadre; porque esta cuestión significa dos cosas: o los tan güeviendo en patota, o el enemigo que tenemos es Dios.

MARTA — Chis, no te pasís po.

EMILIO — Pero claro po; si no hay nadie en la tierra qu'esté contra nosotros, tiene que ser El nomás el que no los deje estudiar, el que los echa de las pegas, el que los saca a bofetás de las casas y el que los hace las mil y una.

MARTA — No, yo creo que los tán güeviendo en patota; porque El no: Dios es lo único que tenemos, es el único que los escucha.

EMILIO — No, si pa escuchar es como navaja, pa contestar es lo que cuesta.

MIGUEL — Perdone que le diga, pero lo que pasa es que usted es muy ignorante: El no contesta con palabras, contesta con hechos, arregla las cosas di'una forma que a nadie más se le podía ocurrir. Eso sí que lo sé bien yo pos, compadre: a mí me ayudó con la vieja.

MARTA — ¿Y que no dijo qu'estaba enferma?

MIGUEL — Claro, y se va morir. Pero yo no sabía que hacer pa conformarme, porque siempre la he querido más que la cresta, y cuando la muerte entró pa la pieza y se puso a esperarla, yo pensaba que cuando se la llevara ía a ser igual que si se llevara a too el mundo. Claro, porque la muerte de un ser querido trae muchas muertes detrás pa uno: muertes pa la mañana, pa la tarde y pa la noche; la mitá de la cama vacía es una, la mitá de la mesa, otra. . . y las palabras que uno no va a escuchar más, que es la muerte que más duele. Eso pensaba yo y'taba desesperao. . .

Cuando de repente cambió, se puso odiosa, se puso mala; no me deja' star ni un rato tranquilo, le duele tóo, le molesta tóo. "Miguel, tráeme agua —me dice— y cuando se la llevo me reta porque l'haya muy fría, muy caliente o muy tibia. Miguel arréglame la ropa de la cama, sécame la traspiración, anda a ver si te dan hora en el Seguro. Miguel, tengo hambre, Miguel, pásame la bacenica, no te durmai; pásame eso, pásame eso otro". Miguel, Miguel, Miguel, ya me tiene loco, no me deja descansar ni de día ni de noche. Ahora mismo me tiene qu'estar llamando pa cualquier lesera. Pucha, y ahora que le dió la cuestión que le diga a ellos (*señala*) que pasen por otro lao, es pior; así que. . . Claro, no es que haya dejao de quererla. . . ¡Pero puta que voy a descansar cuando se muera!

EMILIO — ¿Y eso haya güeno? En vez de hacer que la odiara, podría habérsela mejorao.

MIGUEL — Yo no la odio, compadre; entienda bien lo que le digo. Pero hay que reconocer qu'estuvo güena la movía.

EMILIO — Perseguíos sin enemigos, locos, maríos conformándose con la muerte de la esposa, gente, (*señala*) perdía entre el cielo y la tierra, hambre, soledá, mieo. . . ¿Sabe lo que le diría a Dios si lo encontrara por ahí? Le diría esta pura cuestioncita: "Eh, compadre; no le haga a otro lo que no le gustaría que le hicieran a usted po". Eso noniá le diría.

MIGUEL — Es que usted es un resentío po, usted no cree en ná.

EMILIO — Ta equivocao: creo que hay que creer en algo, si la mala cueva es que no hay en qué.

MIGUEL — Si en veces nomás que se pone mala la cosa, iñor; pero hay que echarle pa'delante, ¿no cierto, señora?

MARTA — Claro, si cuando una se muere recién puée saber si la vía es una porquería o no porque' stando con vía siempre puéen cambiar las cosas. Ya, ya hirvió l'agua, échenle a los tarros; aquí'stán listos.

EMILIO — (*Vertiendo agua a los tarros*) Ella sabe lo que dice: es la presidenta del comité mundial de la esperan-

za. . . Ayer nomás se tiró un piquero al canal, de puro contenta porque la querían condecorar.

MIGUEL — ¿En serio que se tiró al canal? ¿Por qué?

MARTA — Cuestiones que le dan a una. No le haga caso.

MIGUEL — ¿Y usté la sacó?

EMILIO — Claro, de puro valiente que soy.

MIGUEL — Conque la saco yo me la deajo pa mí. Ahora que la otra se me va ir cortá, me habría caído flor. (*Le toca las posaderas con el palo*)

EMILIO — Pero la saqué yo po.

MARTA — Chis, güena, seré pelota yo; usté vaya a cuidar a su ñora nomá.

MIGUEL — En cuanto me tome el té. (*Vuelve a tocarla, apartándola*) Permiso. (*Se pone en el lugar que ella ocupaba*) Hacía tanto tiempo que no tenía un momento de descanso. . . Ahora le dió la cuestión que quería morirse en su cama. O sea que oyó que la pega taba mala y cree que los van a echarlos. Esas sí que serían macanas, que uno no pudiera ni morirse en su cama. Menos mal qu'el futre aparte de cuidaor me puso a trabajar en las máquinas.

MARTA — Así qu'está ganando el güen billete.

MIGUEL — No, si es por lo mismo nomás, pero me afirmo en la pega po; usté sabe como'stá la cuestión ajuera. Pero el futre no es malo, si en cuanto supo que la ñora'staba enferma, mandó a decir que no apartara más tiras. Y si hacemos una güena entrega pa este fin de mes, me va arreglar la libreta pa que no tenga qu'star pasando por indigente a la ñora en el hospital, ¿no ve que por eso no los han dao cama?

EMILIO — O sea qu'está tirando p'arriba como loco.

MIGUEL — Pa como'stá la cosa no me pueo quejar. (*Pausa. Serio*) ¿Sabe un cosa? (*Se para agresivo*) Nunca sé si usté s'está riendo de mí o no: ¿por qué no dice las cosas de frente?

EMILIO — Yo no le he dicho ná, si hay algo que le molesta no cargue conmigo.

MIGUEL — ¡Qué me va molestar, po!

MARTA — Lo hace por la señora qu'está enferma, ho ¿qué no comprendís?

MIGUEL — ¿Qué hago por la ñora? ¡Yo siempre he trabajao!

MARTA — No s'enoje, ¿no le conté que a nosotros con el Mario los habían hecho trabajar por lo que querían y tuvimos que aguantar? La vía'stá así, que le v'hacer usté. Y usté tiene menos culpa toavía, porque lo hace por amor a su señora.

MIGUEL — Pero, pucha, culpa de qué. ¡De qué crestas, tan hablando ustedes!

MARTA — No, si ya pasó, no si'haga mala sangre, porque se va poner viejo muy luego. Yo conocí un caso más o menos pareció al suyo. El era casao y tenía cuatro hijos. *(Pausa)* Vivían en un tremenda casa toa apollillá, que quedaba en la calle San Isidro. No solos, ¿ah?, eran como quince familias; así que la casa, qu'era de dos pisos, taba llena de cabros, de ropa tendía, de curaos y de mujeres que peliabán por la baranda pa tender ropa.

MIGUEL — *(Seco)* Ese era un conventillo entonces po.

MARTA — *(Digna)* No, casa.

EMILIO — *(Mirando)* Mi'acuerdo de los judíos. . . Mirando a esa gente mi'acordé de los judíos.

MIGUEL — De los gitanos será. No sabe ni historia y tan tremendo que se cree.

EMILIO — De los judíos; los gitanos sirven pa puro ver la suerte y hacer pailas de cobres, fueron los judíos los que tuvieron que andar vagando.

MIGUEL — Gitanos, judíos, que m'importa a mí: lo único que sé es que si se acercan mucho a la casa, les sako la cresta a palos.

EMILIO — Me gustan los judíos, tienen el secreto de la unión en la sangre. ¿Sabe cuál puede ser ese secreto?

MARTA — ¡Pero'staba hablando yo po!

MIGUEL — Claro, siga nomás, yo no la interrumpí.

MARTA — *(Por Emilio)* A este no le gustan las cuestio-

nes que yo cuento, no quiere conocerme.

MIGUEL — (*Agresivo*) Dele nomás, si aquí no manda na él.

EMILIO — Eso lo dijo ella, no yo. (*Pausa*) ¿Cómo te llamai?

MIGUEL — (*Sorprendido*) ¿No sabe ni cómo se llama?

EMILIO — No, ¿cómo te llamai?

MARTA — Marta.

EMILIO — (*A Miguel*) Yo me llamo Emilio, ¿y ustedé?

MIGUEL — No, yo no.

MARTA — (*Riendo*) ¡Güena, mira la que te dijo!

MIGUEL — No, si hay que darle con la misma nomás, pa que se cabrée.

MARTA — ¿Y cómo se llama?

MIGUEL — Miguel.

EMILIO — Marta, Miguel y Emilio: listo, ya'stamos presentaos. Y en la casa. (*A Miguel*) Si, porque ella dice que cualquier lugar donde uno'sté es la casa di'uno. ¿Qué dice ustedé?

MIGUEL — No se me ponga vivaracho po, no se me ponga vivaracho.

EMILIO — ¿No cree en eso? No cree si uno nació tiene qu'estar en alguna parte? Porque, ¿qué haríamos entonces los que no teníamos pa pagar arriendo? ¿Matarlos?

MIGUEL — (*A Marta*) Siga po; la'stoy escuchando por no ser mal educao nomás, pero ya me tendría que haber ío.

MARTA — No, si no importa, no es na.

MIGUEL — Cuente nomás; si ya le dije qu'el no mandaba na aquí.

MARTA — No, si era eso nomás: que una vez la señora del hombre que l'estaba contando s'enfermó igual que la suya, y ya iba a morirse ya, cuando justo qu'él llega un día cargao de paquetes y más contento que chancho en el barro; traía de tóo, ropa, comía; juguetes pa los cabros, y tóo nuevecito ¡pucha la felicidad pa grande! Como sería que la señora se llegó a sanar de puro contenta. . . ¿O sería donde comió? . . . “Empieza aprender a reirte, vieja, que se los aca-

baron las penas pa siempre —le decía—, ¡manso batatazo, manso batatazo!”

MIGUEL — ¿Batatazo es cuando en las carreras gana un caballo botao?

MARTA — Claro; de ahí p'adelante jue pura alegría nomás: bien vestíos, bien comíos y durmiendo en camas. . . Igual que la gente, igual que si hubieran sío personas. . . Pucha la cuntión pa linda. . . *(Calla)*

MIGUEL — Güeno, ¿y qué más po?

MARTA — *(Ida)* ¿Ah?

MIGUEL — Qué más po, que más pasó. . . Ya me tengo qu'ir.

MARTA — Na. . . Que a la semana siguiente lo vinieron a buscar, no había ganao ná en las carreras, había robao en una de las casas pitucas aonde ía a encerar. “Y qué po —dijo cuando se lo llevaron—, no los íamos morir sin conocer lo qu'era la felicidad: somos gente también”.

EMILIO — Ah, ése era tu taita; voh me contaste cuando s'estaban llevando las cosas de la pieza. Preso por robarse un poco de felicidad. *(Se para, enfrenta a Miguel parsimoniosamente, este se incomoda)* ¿Crestón el mundo, no? *(Va hacia el fondo)* ¿Cuándo comenzaría esto y por qué? Claro, porque al principio partimos iguales, o sea que no había un bacán y un torreja: éramos iguales y partimos pa onde mismo.

MIGUEL — ¿Pa ónde?

EMILIO — No sé po. Somos hechos consumaos, no tuvimos arte ni parte en nosotros mismos; los hicieron y los dijeron: “Aquí están, vayan p'allá, pero no los dijeron porque los habían hecho ni a qué teníamos que ir a ese lao que no conocíamos. . . A ese lao aonde lo único seguro que había, era que teníamos que morir. . .

MARTA — ¿De qué'stai difariando ahora?

MIGUEL — Pucha el gallo pa raro *(oteando)*, no hay ni viento y se le corrieron las tejas.

EMILIO — No, si cada vez me pego más la cachá. . . Claro po; morir no cuésta na, tamos hechos pa eso, lo que cuesta es nacer; porque uno no nace cuando lo paren, nace

cuando es capaz de vivir. . . Y el que quiere vivir, tiene que romper un mundo. (*Pausa*) El que quiere vivir tiene que romper un mundo. . . ¿De aónde saqué eso? ¿Aónde lo oí? Pucha qu'es cierto. . . (*Ensimismado*) Con la Yola no pudimos romper el mundo. . .

MARTA — ¿Quién es la Yola?

EMILIO — ¿La Yola?. . . No sé: no quiso nacer.

MIGUEL — (*Después de una breve pausa*) ¿Saben?: me voy, en peleas de casaos yo no me meto.

MARTA — (*Tontamente*) ¿Se va ir?

MIGUEL — (*Sonriendo*) Claro, ¿no l'estoy diciendo?

MARTA — No, yo digo por si quiere llevarle un poco e té a su señora.

MIGUEL — No, gracias, ya la tengo atontá con tanto té. (*Saca cigarrillos*) ¿Fuma?

MARTA — En veces. Pero si quiere me da uno pal viaje. (*Lo recibe*) Gracias.

MIGUEL — (*Mirando hacia arriba*) Claro, tienen que irse luego, porque si no se van a mojar más que no habiendo: va a llover.

EMILIO — Si hay que mojarse, hay que mojarse. Tará de Dios.

MIGUEL — Yo me voy a fumar este cigarro y me voy. Allá no pueo fumar. (*A Marta*) Yo no sé como, oiga, pero el futre sabe tóo lo que pasa. Güeno que tiene razón también po, allá es peligroso fumar, ¿no ve que trabajamos con puras tiras viejas? (*Pausa*) ¿Pa ónde van agarrar ustedes?

MARTA — (*A Emilio*) ¿Pa ónde?

EMILIO — ¿Pueo hacerle una pregunta? Endenantes me queó dando güelta.

MIGUEL — Claro, diga nomás.

EMILIO — La máquina que le pasó el futre pa que trabajara. . . ¿es la misma donde trabajaba ese maestro que dice que desapareció?

MIGUEL — ¿Por qué?

EMILIO — Usté dijo que podía preguntarle.

MIGUEL — No podía quedar botá. Si una máquina se

para atrasa la producción y si se atrasa la producción no hay utilidades. Y cuando en una industria. . .

EMILIO — ¿Sabe? Yo decía porque. . . (*Señala*) ¿Y si ellos fueran muertos, compadre?

MARTA — ¿Muertos? No te pasís po, ¿no vis que van andando?

EMILIO — Eso es lo único que hacen. (*A Miguel*) ¿No dijo que su señora no los había visto, pero que sabía qu'estaban pasando y se había asustao? ¿No dijo que usted había visto a ese maestro? A lo mejor viene a reclamar su puesto. . . También puée venir a acusarlo di'algo.

MIGUEL — ¿Usted cree que yo soy cabro chico? Los muertos tan enterraos.

EMILIO — ¿Dónde? ¿Dónde'stán enterraos?

MARTA — No lo asustís, po. Y no me asustís a mí tampoco.

EMILIO — ¿Qué cree usted que son? ¿Muertos? ¿Cesantes? ¿Sin casa? ¿Gente que tiene mieo que le pase algo? En una d'esas poímos ser nosotros también, total. . .

MIGUEL — ¡Ya, qué me pregunta güevás a mí, no m'embole más la perdiz! ¡Lo único que yo sé es que ustedes se tienen qu'ir di'aquí! (*Vago gesto de señal*) P'allá el futre ya no tiene ná que ver y yo tampoco: así que se corrieron, ya les habían dicho ya que'eran bonitos.

EMILIO — Su patrón no tendrá ná que ver, pero siempre hay alguien que tiene que ver: es la misma cosa nomás.

MARTA — Claro, si una puée'star en alguna parte cuando es de noche nomás, cuando toas las puertas tan cerrás; porque cuando es de día, al tiro van y le dicen a una: "Oiga, no puée'star aquí" "¿Por qué?", les dice una. "Porque no po —le dicen— váyase más p'allá. Y más p'allá le dicen lo mismo, así que hay qu'estar andando nomás; y una se cansa po, se cansa como animal, pero la siguen echando y echando. . . Pucha, una no le dijo a nadie que quería ser pobre, no le dijo a nadie que quería vivir: ¡si la hicieron vivir tienen que aguantarla en algún lao po!

MIGUEL — Claro, si yo l'encuentro razón; pero no me

haga problemas a mí, yo no tengo ná que ver en esto.

MARTA — Usté ta aquí po, usté los ta diciendo que los vamos.

MIGUEL — ¡Pero me mandan po, entienda!

EMILIO — ¿Quién?

MIGUEL — ¿Cómo quién?, el patrón po.

EMILIO — ¿Cuál patrón?

MIGUEL — ¿M'está agarrando pal tandeo? (*Agresivo*)
¿Más encima me quiere agarrar pal tandeo?

MARTA — No, si es así: ta bromiando. Pero no es malo, no es ná malo. . . Yo ya lo conozco.

EMILIO — Le pregunto quien es su patrón, porque desde que llegó ha'stao diciendo que les manda a decir las cosas.

MIGUEL — Y así tiene que ser po, ¿cómo se va a venir a meter al medio del polvo y de la bulla?

EMILIO — ¿Pero quién es? ¿Lo ha visto alguna vez?

MIGUEL — (*Después de una breve pausa*) No. (*Pausa*) ¿Pa qué?

EMILIO — ¿Pa qué? Lo tiene encuevao en el último rincón del mundo, entre máquinas que muelen y muelen sin parar, echando polvo y hediondez; su ñora s'está muriendo botá en un rincón y los maestros desaparecen de repente. . . Pero las máquinas no pueden parar, así que usté tiene que cuidar y trabajar, cuidar y trabajar. . .

MIGUEL — ¡Cállese, cállese, ñor!

EMILIO — ¿A quién l'está obedeciendo? ¿Pa quién tá cuidando too esto como perro?. . . Vá a morir botao igual que su ñora.

MIGUEL — ¡Me paga. . . Me paga!. . . Uno. . . uno tiene que tener un patrón. . . Yo soy como tóos, soy como tóos. . .

EMILIO — ¿Pero quién es su patrón?

MIGUEL — (*Acosado*) ¡No sé, no sé: déjeme tranquilo! ¡No me güevee más, no me güevée más! ¡Yo sé lo que hago, tengo que obedecerle; la vieja'stá enferma, s'está muriendo, si él s'enoja y me echa no tenemos pa donde ir! ¡Déjeme

tranquilo, déjeme tranquilo, ñor por la cresta! (*Después de un momento de indecisión coge los sacos.*)

MARTA — (*Espantada*) ¿Qué v'hacer? ¿Qué v'hacer?

MIGUEL — (*Pone violentamente los sacos tras el palo que servía de soporte para el cordel*) ¡Aquí pueden poner sus porquerías! (*Agarra el palo, se acerca a Emilio*) ¡Ya'stá mierda, se me acabó la paciencia! ¿Te vai a ir o no?

MARTA — (*Se pone delante, más extrañada que asustada*) Oiga. . . ¿Aónde dijo? (*Señala*) ¿Ahí?

MIGUEL — Claro po, si ahí ya no tenemos ná que ver nosotros.

MARTA — (*Incrédula*) ¿Ahí? ¿Ahí? (*Da unos pasos, se pone detrás del saco*) ¿Tando aquí ya no los puée hacer ná?

MIGUEL — No po, si eso es di'otro dueño; a nosotros los corresponde hasta ahí nomás. (*Muestra el palo*) Siempre pongo palos pa marcar (*mira a Emilio*), pero no faltan los desgraciaos que los sacan.

MARTA — ¿Y cómo no los había dicho antes?

MIGUEL — ¿Y querían que se los diera por escrito?

MARTA — (*Contenta*) Mira, Emilio: tenemos que correr los unos pasos nomás. (*Sonriendo*) Permiso, ¿ah? (*Va donde Emilio*) Párate po.

EMILIO — ¿Así que esa es la tierra prometía? (*Pausa*) ¿De quién es?

MIGUEL — No sé, al dueño di'aquí (*pasa al otro lado*), no lo he visto nunca.

EMILIO — Las llamas y el fuego.

MIGUEL — ¿Qué dijo?

MARTA — Na, no dijo na. (*Sonriendo*) Ta en el lao de nosotros.

MIGUEL — Ah, perdón. (*Se devuelve*) Yo no soy ná de los que atropellan, yo respeto la propiedá ajena. (*Señala*) ¿Les ayúo?

EMILIO — No, no voy a poer ir p'allá: toy muy cansao.

MARTA — No te pasís po, si son dos pasos nomás.

EMILIO — ¿Dos pasos pa dónde? No, muchas gracias, se los agradezco en el alma. Palabra, si pudiera me pondría

a llorar a moco tendío de puro emocionao, pero entiéndanme: son muchas veces ya las que me han obligao a dar dos pasos, muchas veces que he tenío que decir Sí, cuando quiero decir No; son muchas veces ya las que he tenío que elegir no ser ná. . . No, compadre: d'aquí no me muevo.

MIGUEL — Ah, ¿así que no te vai a ir?. . . ¿Así que te las vai a seguir dando de macanúo conmigo? (*Blande el palo*)

MARTA — ¡No, pos, no! ¡Déjelos aquí nomás, si el futre no se va a dar cuenta de na!

MIGUEL — ¡No puéo, él sabe too, siempre ha sabío tóo lo que hago!. . . ¡Y también qu'este desgraciao se ha'stao riendo de mí tóo el rato! ¡Yo no soy un estropajo, yo no me vendío a nadie: cuido lo que's mío nomás, lo que mé gano!. . . ¡Llevo años trabajando ahí, no me van a venir a echar por culpa di'ustedes!. . . ¡Yo soy hombre, desgraciao, no soy na basura, no soy na basura! (*Lo bota de un golpe*)

MARTA — ¡Párate pó, Emilio, párate!

MIGUEL — ¿Te vai a ir o no, infeliz?. . . ¿Te vai a ir o no? . . .

(*Lo apalea hasta matarlo. Consumado el hecho, se produce la constatación del absurdo; frente al cual sólo emerge un remoto, un patético balbuceo de habitantes deshabitados.*)

MARTA — Desgraciao. . . desgraciao. . . No teníai que haberle hecho ná, quién ía a saber qu'estábamos dos pasos más p'acá. . . quién ía a saber. . .

MIGUEL — (*Mecánicamente*) Tenía que defender mi pega. . . Tenía que defender mi pega. . .

MARTA — . . . Tamos locos. . . tamos toos locós. . .

MIGUEL — . . . No soy na basura. . . No soy na basura. . .

MARTA — ¿Qué hicieron con nosotros?. . . ¿Qué re crestas hicieron con nosotros?

F I N